

cerca de ella había una ventanilla dispuesta de suerte que los rayos del sol doraban su boca en el día y en el momento crítico, que se acostumbraba traer el idolo de este astro, para visitar al de Sérapis; de manera que el dios del día parecía saludar con un ósculo á vista de todo el pueblo al dios de la abundancia. Un pequeño carro del sol, llevado en los aires como por sus caballos, era otra maravilla que no se admiraba menos en la bóveda del templo; mas como el carro era de hierro, todo el prodigio consistía en el imán que guarnecía la bóveda.

Habiéndose retirado á este templo los idólatras despues del primer furor de la sedicion, el prefecto de Egipto le tuvo bloqueado con todas sus avenidas; y entretanto aviso al emperador para recibir sus órdenes. Teodosio mandó derribar el idolo y el templo, sin verter la sangre de los sediciosos. Miraba como á otros tantos mártires á los cristianos muertos en esta ocasion, y efectivamente, la Iglesia los venera como tales; y por eso no quiso que se castigase á los autores de su muerte, á quienes por otra parte esperaba atraer al cristianismo por medio de la clemencia.

Estaba muy arraigada en los idólatras la persuasion de que si la mano de un mortal tocase al idolo del gran Sérapis, el cielo y la tierra se confundirian al momento, y el mundo tornaria á su primer caos. Esta preocupacion, comunicada á una infinidad de hombres débiles aun entre los mismos cristianos, tenia suspensa á la multitud, cuando un intrépido y piadoso soldado tomó lleno de fé una hacha y descargó con ella un fuerte golpe hundiéndola en la mandíbula del dios temido. Todos dieron un grito de terror; pero el cielo y todos los elementos permanecieron quietos. Dió el soldado otro golpe en la rodilla del idolo que se vió era de una madera medio podrida. Cayó pues el idolo y se hizo mil pedazos, comenzando

á salir de su cabeza una multitud de ratones, que hicieron suceder inmediatamente al respeto de sus mas tímidos adoradores el desprecio, la indignacion y una suma vergüenza de su estúpida y diuturna credulidad.

Destruído el idolo comenózose á arruinar el templo, y se encontraron cruces grabadas en muchas piedras. Esta figura gero-glífica significaba entre los egipcios la vida venidera; pero á vista de tal figura se convirtieron un sin número. Como era tradicion entre ellos que su religion se acabaria cuando apareciese esta figura de la cruz, dicese que los mas instruidos, como sus sacrificadores y adivinos, se mostraron los mas solícitos en pedir el bautismo. El instrumento misterioso que servia para la medida de las crecientes del Nilo, que ellos atribuian á Sérapis, fué trasladado á una iglesia. Mostraron sin embargo los idólatras nuevos temores, y publicaron que no habria ya aquellas inundaciones felices que fecundaban la tierra de Egipto; pero Teodosio, á quien llegó despues la noticia, contestó que era preciso preferir la Religion á los dones del Nilo; «cese este rio, añadió, de traer la abundancia, si para procurarla son necesarios encantamientos y pecados.» Mas antes de esto y poco despues de la ruina del templo de Serapis, habiendo sabido que no habia memoria entre los hombres de una inundacion tan feliz como la de este año, exclamó arrebatado por su piedad y alzando las manos al cielo: «¡seais siempre bendito, oh Dios Todopoderoso, de que se haya abolido tal error sin haberse destruido esa gran ciudad (1)!»

Sobre las espaciosas ruinas del templo de Sérapis erigiéronse dos magnificas iglesias, una de las cuales se dedicó á San Juan Bautista, y en ella recibieron al fin el ho-

(1) Rufin. hist. lib. 2, cap. 30.

nor debido las reliquias del santo Precursor, que mientras la persecucion de Juliano habia ocultado San Atanasio en una pared, para servir, dijo entonces con espíritu profético, á los que vendrán despues de nosotros.

Toda la provincia de Egipto y aun las aldeas siguieron el ejemplo de la capital, y en estas diversas ocasiones se descubrió toda la crueldad de los misterios idolátricos; pues en los reductos secretos llamados *áditos* se hallaron cabezas de niños cortadas, con los labios dorados como víctimas estúpidas, y otros mil vestigios de muertes atroces y sacrilegas. Reconociéronse tambien las astucias de los sacrificadores para engañar á los pueblos; pues habia ídolos huecos, artificiosamente hechos, de una altura gigantesca, y en cuyo interior tenian tránsito secretos donde se introducian los sacerdotes por unos subterráneos y los hacian hablar á su placer.

Asi un famoso sacerdote de Saturno llamado Tirano, engañó á muchas mugeres ilustres por conducto del dios que él gobernaba á su arbitrio: á la primera que encendia su concupiscencia la mandaba se quedase sola en el templo, donde se la encerraba á vista del público, y Tirano desaparecia despues de haber entregado las llaves. Mas se entraba en el idolo por el subterráneo desconocido; y luego, á favor de la oscuridad y de la voz del dios que se apropiaba, hallaba medio de saciar su pasion. Despues que corrompió de esta suerte á muchas seducidas, una menos fácil ó menos inclinada á serlo, reconoció en el idolo la voz de Tirano, huyó horrorizada y descubrió el fraude á su marido. El corruptor fué puesto en el tormento, lo confesó todo, y la religion pagana cubierta de oprobio cayó en el mayor descrédito. Sorprendidos é indignados los idólatras se convertian á millares, y para edificarlos escribió el em-

perador á Teófilo que distribuyese á los pobres todo el oro y plata de los ídolos derribados, y mostrase de este modo que el desinterés no menos que la pureza es uno de los caracteres de nuestra Religion (1).

Signióse á esto una ley vedando á todos, no solo el sacrificar á los ídolos, sino tambien el frecuentar los templos que aun pudieran quedar y tributar homenaje alguno á los falsos dioses. Se publicó otra contra los apóstatas que profanasen su bautismo pasando al paganismo; se les declaraba infames, privados de toda dignidad é incapaces de dar ó recibir aunque fuese por testamento. Con mas severidad que la gente del pueblo eran tratados los que tenian empleos, principiando la idolatria en algunas partes á ser para ellos una especie de infamia. Los hombres mas ilustres del Imperio, los Paulos, los Gracos, los Anicios y los Marcelos, miraban como su mayor timbre el titulo de cristianos. El prefecto Simaco se habia visto obligado á desistir de sus pertinaces intentos para restaurar el famoso altar de la Victoria. Un gran número de senadores declaró desde su primera tentativa que no concurririan mas al Senado si se renovaban aquellas prácticas idolátricas. Habiéndose atrevido el prefecto á insistir, y presentándose esta segunda vez al frente de una diputacion, Teodosio, que estaba á la sazón en Italia, le arrojó ignominiosamente de su presencia, y le hizo poner en un carro para conducirlo hasta cien millas de Roma (2).

Tan grandes ejemplos de energia en todo restituyeron al jóven Valentiniano al camino recto. Borráronse pronto de su alma, despues de la muerte de su madre Justina, las malas impresiones que de ella habia recibido; y no obstante su corta edad, mos-

(1) Rufin. hist. lib. 2, cap. 25.

(2) Symm. 11, ep. 13.

ó que sabia vencerse á sí mismo. Noticioso de que se le acusaba de gustar demasiado de los juegos del circo y de los combates de animales, suspendió enteramente aquellos, é hizo matar á un tiempo todas las fieras. Habiéndose presentado en la corte una célebre actriz, cuya hermosura infatuaba á todos los jóvenes, la despidió sin querer verla una sola vez ni en público ni en particular; acción tanto mas meritoria cuanto que independientemente de las perversas sugerencias de que se veía asaltado, de la licencia irreligiosa de su educacion, y del fuego de su edad, pues aun no estaba casado, nadie hubiera creído en vida de Justiniano que vendría á ser de este modo el consuelo de la Religión y las delicias del Imperio; pero mucho menos se pensaba que pronto causaría á todos los mas amargos y mas justos sentimientos (1).

Hacia ya algun tiempo que no podia soportar el yugo del conde Arbogaste, gran capitán, franco de nacion, y de una osadía y arrogancia excesivas, escitadas sobre todo por la gran parte que habia tenido en la derrota de Máximo y por su predominio sobre todos los gefes de los ejércitos. Continuamente escribia el jóven emperador á Teodosio, pidiéndole que fuese á librarle otra vez; mas este día deseado no habia de llegar. El desgraciado príncipe no tuvo siquiera el consuelo de volver á ver á San Ambrosio, á quien miraba como á su padre, y por cuya mano anhelaba recibir el bautismo. Desde Viena en las Galias donde estaba, le envió un oficial de su cámara para instarle á que fuese á toda prisa, y no tuvo un momento de reposo despues de la partida de este fiel comisionado. A los tres dias de haber marchado para Milan, ya el jóven emperador preguntaba si habia vuelto. En este mismo dia hallándose solo,

(1) Ambros. *De Obitu Valent.* n. 15, 16, etc.

para divertirse ó mas bien entregarse á sus pesares, despues de comer á la orilla del Ródano en el recinto de su palacio, le hizo ahogar Arbogaste por algunos de sus guardias que le colgaron despues con su pañuelo para que se creyese que él mismo se habia dado la muerte. Asi acabó este príncipe, del mejor natural y de las mas grandes esperanzas, el sábado 15 de mayo, vispera de Pentecostés, del año 392, cuando apenas contaba veinte de edad, de los cuales habia reinado diez y siete.

Sobre su muerte no se hizo investigacion alguna; pero nadie creyó que este virtuoso emperador se suicidase. Arbogaste, siguiendo su plan infame le hizo grandes exequias, y envió su cuerpo á Milan. San Ambrosio, que iba á los Alpes, quedó sumamente afligido por este suceso que él temia demasiado, pero esperaba evitarle. La Religión fué la única que le pudo consolar; porque le aseguraron que el príncipe, la vispera de su muerte, impaciente de ver llegar á su santo pastor y recibir el bautismo, repetia continuamente estas palabras: «¿No veré yo á mi padre? ¿Tendré la desgracia, oh padre mio, de no volver á veros?» — «No, Señor, exclamó el santo arzobispo al oír esta noticia que le hizo llorar, no, no rehusareis á un príncipe segun vuestro corazón la gracia que tan vivamente deseó.» Colocó sus amados y tristes despojos en un magnífico túmulo de pórfido al lado de su hermano Graciano, é hizo su oracion fúnebre, que sus sollozos interrumpieron muchas veces, y en la que se consoló con la firme esperanza que tenia de la salvacion de una alma que habia salido de este mundo en tan buen estado. «Dadme los santos misterios, dijo al fin de su discurso, y hagamos llenos de esperanza y fervor nuestras oblaciones por un muerto tan amado (1).»

(1) Ambros. *Epist.* 83, n. 86.

Despues prometió ofrecer toda su vida el santo sacrificio por los dos augustos hermanos Graciano y Valentiniano. Derramaba lágrimas todo el auditorio; y el piadoso orador tanto mas enternecido exclamó: «Todos lloran, todos gimen, los bárbaros y los romanos, aun aquellos que jamás le vieron, y los mismos que temen se les atribuya á delito su virtuosa sensibilidad. Tan general como irresistible es la desolacion; sus propios adversarios no pueden menos de tributar este homenaje á su memoria.» Por aqui se echa de ver que nadie creia las ficciones detestables de Arbogaste ó de su partido.

Ademas de la emperatriz Galla, con quien Teodosio se habia casado de segundas nupcias, dejaba Valentiniano otras dos hermanas que permanecieron vírgenes. La llaga que hizo en sus corazones la muerte trágica de un tan digno hermano nunca se cerró; y sobre todo nunca pudieron olvidar estas últimas palabras que profirió al espirar: *¡ah, mis pobres hermanas!* Despues de pasar dos meses llorando dia y noche sobre su túmulo, dejaron un mundo que no tenia para ellas cosa alguna que no fuese aflictiva, y se consagraron enteramente al Señor.

Entretanto el asesino de un soberano tan llorado no osó ocupar su lugar, porque hubiera confirmado las sospechas demasiado fundadas, y hubiera espuesto sus propios dias á un riesgo inminente; pero hizo un emperador que solo tenia el nombre de tal, y le dejaba á él toda la autoridad. Eugenio, que no llevaba mas decoracion al trono que el extraño realce de profesor de bellas letras, ni mas mérito que un poco de elocuencia, fué el fantasma á quien puso la corona.

Quando Teodosio recibió una embajada de este nuevo soberano, que pretendia tratar con él de igual á igual como con su compañero, sabia ya la revolucion de Oc-

cidente. Reunidos todos estos motivos llevaban la indignacion del emperador á su colmo; mas noticioso de que los rebeldes tenian excelentes tropas, creyó necesario disimular, y contestó con buenas palabras, y aun despidió á los embajadores con presentes; pero luego que partieron se dispuso seriamente para la guerra. No podia tener confianza alguna en unos traidores, y sentia vivamente el deshonor de dejar impune la muerte de su cuñado. Entre los preparativos de esta expedicion, su piedad contó principalmente con lo que podia hacerle propicio el cielo, y redobló los ejercicios de Religión, la humillacion de la idolatria y heregia, la exaltacion de la Iglesia, y toda clase de buenas obras. Procuró atraer á su corte á San Juan de Egipto, á quien tan felizmente habia interesado en el éxito de la guerra contra Máximo; mas el santo anacoreta amaba mucho su soledad, y contestó que sin necesidad de su presencia el Dios de las batallas tomara de nuevo la defensa del vengador de la virtud: que Teodosio triunfara segunda vez de la tiranía; pero que se derramaria mucha mas sangre que en la primera rebelion: que el emperador veria morir al tirano, y que poco despues de su victoria moriria él mismo dejando un imperio á su hijo segundo, sin tomar nada sobre el Oriente destinado para el primero.

No desalentó á Teodosio la proximidad de su anunciada muerte; pero tomó la precaucion de declarar Augusto á su hijo Honorio, como lo habia efectuado con Arcadio, y les previno á ambos permaneciesen en Constantinopla, y que aguardasen allí el fin de la guerra. Cualquiera otro príncipe hubiera juzgado precisos nuevos tributos en aquellas circunstancias; mas él abolió los que el prefecto del pretorio habia impuesto dos años antes, y aun devolvió todos los bienes confiscados á los ciudadanos

proscritos ó á sus parientes. Dió órdenes muy prudentes á los diversos gefes de la milicia, á fin de reprimir la licencia de los soldados y evitar las violencias en las provincias por donde habia de pasar el ejército: en una palabra, no olvidó cosa alguna de cuantas podian conseguirle las bendiciones del Dios que es árbitro del valor y de las circunstancias (1). La paciencia y la humildad cristiana que la política juzga tan poco convenientes á un soberano, fueron en él dos cualidades tan sobresalientes que hizo extensivos sus efectos aun á los osados murmuradores que se habian insolentado contra su persona y contra su gobierno. «Si obran así por ligereza, decia, es necesario mirarlos con desprecio; si por un loco arrebató, son dignos de compasion, y aun cuando sea verdaderamente por espíritu de malignidad, un príncipe que está obligado como los demas cristianos á perdonar, obra muchas veces mejor apelando á la clemencia que á la justicia. Por eso nuestra voluntad es que se nos remitan siempre íntegras estas causas, para juzgar si convendrá emplear el rigor ó la indulgencia (2).»

De muy distinta manera se preparaba Eugenio para la guerra. Es verdad que profesaba el cristianismo; mas Arbogaste era pagano como los demas gefes de su partido; y así en Roma corrió la sangre de las víctimas en honor de los dioses, y se procuró encontrar felices presagios en sus entrañas y en los demas ejercicios del augurio; por cuya razon Flaviano, que en su alto empleo de prefecto del Pretorio no se avergonzaba de pasar plaza de inteligente en esta vil y falsa ciencia, y que con tanto celo se habia pronunciado por el usurpador, le hizo las mas brillantes promesas. Y como los rebeldes se hubiesen apoderado del paso

(1) Phil. lib. 2, cap. 33.  
(2) Ced. Theod. lib. 7.

de los Alpes-Julios, por donde era preciso llegar de Iliria, alzaron allí ídolos á Júpiter, y el de Hércules ornaba el principal estandarte de la faccion. En cuanto al famoso altar de la Victoria, tantas veces acometido y defendido como el asilo de la idolatria romana, y que el último emperador habia prohibido espresamente restablecer, se dió orden para que fuese restablecido, mandando ademas se restituyesen las rentas de los templos gentílicos.

Cuando supo esta escandalosa nueva el santo arzobispo de Milan, no pudo menos de escribir á Eugenio, y usó de aquella firmeza prudente, que tributando homenaje á la grandeza es incapaz de adularla aun con riesgo de la propia vida. La carta no fué mal recibida, pero no produjo efecto alguno, porque Eugenio pretendia escusarse alegando las obligaciones que debia á Arbogaste y á Flaviano. Mas como Eugenio iba á Milan, salió presuroso de esta ciudad el arzobispo, dirigiéndose á Bolonia á pretesto de una traslacion de los santos mártires Vital y Agrícola, á la cual estaba convidado. Concurrió efectivamente á la traslacion, y se trajo alguna parte de las reliquias, esto es, de los clavos y de la cruz en que los santos mártires habian estado clavados; porque en cuanto á los cuerpos santos no estaba aun en uso el dividirlos y aun rara vez acontecia el trasladarlos, como consta por una ley del año 386, en la que prohibe Teodosio trasladar un cuerpo humano de un lugar á otro, y vender ó comprar un cuerpo de un mártir, permitiendo, sin embargo, hacer el edificio que se quiera para honrar su sepultura. De Bolonia pasó San Ambrosio á Florencia, donde colocó las reliquias de San Vital bajo el altar de una iglesia, cuya dedicacion celebró, y fué llamada la Basílica Ambrosiana.

Hospedóse en Florencia en casa de un ciudadano ilustre por su clase y religion,

llamado Decencio, cuyo hijo Pansofio, que aun era niño, estaba atormentado por el maligno espíritu. El santo obispo le curó orando, é imponiéndole las manos; pero el niño murió pocos dias despues, permitiendo el Señor esta prueba para dar lugar, con el aumento de fé, á un beneficio mas maravilloso. La madre, que tenia una gran piedad, llevó el cuerpo de su hijo al cuarto que ocupaba el Santo, y le recostó sobre su cama mientras él estaba ausente. A su regreso conmovió al santo obispo la fé de la madre, y se sintió inspirado de alcanzarle la recompensa. Estendióse, pues, como Eliséo, sobre el muerto, le volvió del mismo modo el calor y la vida, y despues le presentó á su madre (1). Mas adelante escribió un pequeño libro dirigido á este niño para que en la edad viril entrase en los sentimientos propios de un hombre que habia llegado á ella milagrosamente. San Ambrosio volvió á Milan cuando supo que Eugenio habia salido de allí para marchar contra Teodosio.

Durante la ausencia del celoso pastor, quiso el tirano, con las miras de ganar á todos, asistir al santo sacrificio y presentar su ofrenda; pero el espíritu de Ambrosio permanecia en su iglesia. Sus dignos eclesiásticos, no contentos con rehusar los dones teñidos con la sangre de su soberano, no quisieron ni aun admitir á la oracion al intruso condecorado con sus despojos. Arbogaste y Flaviano se llenaron de furor; pero no era este el momento de vengarse, así que se contentaron con amenazar y protestar que, al regresar triunfantes, obligarian al clero que no habia querido orar con Eugenio, á llevar las armas bajo sus banderas, y que convertirian su Basílica en establo (2).

(1) Paul. in Vit. S. Ambr. cap. 26, n. 28.  
(2) Id. ibid. n. 31.

Entretanto Teodosio se acercaba con su ejército á las montañas, y lo que mas cuidado le daba era el paso que ocupaba el prefecto Flaviano con tropas numerosas de idólatras; pero este comandante fué desde luego forzado, y habiéndose hecho quitar la vida desesperado, abandonaron los rebeldes sin resistencia todos los desfiladeros. No obstante, al bajar las montañas, cuando los oficiales de Teodosio vieron unas llanuras inmensas cubiertas de soldados de Eugenio, cuyo prodigioso número escedia estremadamente á lo que pensaban, propusieron algunos volver á la Iliria para reunir allí mayores fuerzas y ponerse en estado de combatir con menos desigualdad. Mas el emperador, mostrando con la mano las cruces pintadas en sus estandartes, dijo: «no permita Dios que acusemos de debilidad esta señal vencedora del infierno y la hagamos retroceder vergonzosamente á vista de la imagen de Hércules (1).»

A estas palabras se empeñó el combate por las tropas auxiliares de iberos, alanos y godos que tenia en su ejército. Fué muerto el príncipe de los iberos, y los godos no pudieron sostener el valor de Arbogaste, que dejó tendidos mas de diez mil sobre el campo de batalla. Redoblando entonces Teodosio su fé, se postró de rodillas, y dijo en alta voz: «Dios poderoso y justo, bien conoceis lo interior de mi alma: creo haber emprendido esta guerra en vuestro nombre, á quien solo pertenece la alabanza y el honor. Si la vanidad me seduce, descargad vuestro brazo sobre mí solo, sin permitir que los gentiles pregunten blasfemando, ¿dónde está vuestro Dios?» Sobrevino oportunamente la noche, y el emperador pasó la mayor parte de ella en oracion, y al fin se quedó dormido, oprimido con la fatiga y la inquietud. Se le aparecieron

(1) Theod. lib. 5, c. 14.